

Ten Fe En Dios



Una mujercita anciana de pelo blanco cruzaba el Atlántico sola en un gran transatlántico. Su hija y su familia se habían trasladado de Inglaterra a América y la anciana dispuso ir a vivir con ellos. Entre los demás pasajeros se encontró a un millonario que frecuentemente platicaba con el capitán.

Un día mientras la mujercita paseaba sobre cubierta, el capitán dijo a su amigo: “Mire a esa mujercita. Probablemente ella es la única persona perfectamente feliz en todo este gran vapor”.

“Muy interesante”, contestó el millonario. “A mí me gustaría mucho conocerla”.

El capitán se la presentó al rico y el millonario le preguntó a donde iba. “Voy a América para vivir con mi hija”, era la respuesta sencilla.

“¿En qué parte de América?”

“No sé. No sé el nombre del pueblo porque se me extravió la carta de María, mi hija. A nadie le he escrito para que me llegue a encontrar ya que yo misma llegaré antes del correo. Pero mi Padre celestial tendrá el cuidado de ayudarme a encontrar el lugar”.

El capitán y su amigo se quedaron mirándose asombrados. Y por fin uno de ellos tomó la palabra: “Pero Señora, los Estados Unidos es muy grande y sería imposible encontrar una casa sin saber ni el estado ni el nombre del pueblo”.

“Pero sé que es una bonita casa y en frente hay dos grandes nogales. Así que estoy segura que no me va a costar hallar la casa. Y de todas maneras,” agregó la mujercita, “Mi padre celestial sabe todo y aunque los Estados Unidos nos parezca grande a nosotros, para él es un lugarcito”.

El día siguiente el gran transatlántico se pegó en el muelle de la ciudad de Nueva York y el capitán encargó a su primer oficial que llevara a la ancianita al hotel donde él mismo había reservado hospedaje, ya que él había tenido a la mujercita en alta estimación. Mientras los dos caminaban entre las multitudes de la gran ciudad, el oficial suplicó a la mujercita esperarle un momentito en la esquina de la calle mientras iba a comprar la prensa. Ella estuvo de acuerdo.

Pero en el mismo instante un policía se le acercó y suponiendo que ella quería cruzar la calle, la tomó del brazo y le decía: “Apúrese, Señora, y yo le ayudaré”. Y antes de poder protestar esa pobre alma se encontró metida en la gran multitud del otro lado de la avenida. A empujones la multitud llevó a la pobre asustada a una gran distancia. Entonces encontrándose en un lugarcito desocupado enfrente de un taller, ella se hizo al lado para orar, pidiéndole a Dios ayuda que verdaderamente necesitaba.

De repente le llamó la atención un grupo de hombres que estaban platicando y uno de ellos se volteó a ver a la mujercita. Ella pegó un grito de grande gozo: “¡Juan! ¡Oh mi querido Juan! ¿Eres realmente tú?”

“¡Madrecita!” contestó el caballero al acercarse a ella admirado. “¿Dime cómo llegaste aquí?”

“Acabo de llegar en este gran transatlántico. Se me extravió la carta de María y se me olvidó la dirección. Así es que Dios tuvo que hacerme el favor de encontrarte a ti”.

“Pero, Madrecita”, dijo asombrado, “nosotros vivimos lejos de Nueva York y aunque durante

muchos años he trabajado por la compañía con la sede aquí, nunca he llegado acá hasta el día de hoy”.

“Eso a Dios no le importa”, le contestó la ancianita con una sonrisa. “Me haces el favor de llevarme al barco porque quiero contar al capitán como mi Padre celestial me ha cuidado”.

Ellos encontraron al capitán que en este momento estaba regañando a su oficial por haber abandonado a la ancianita. “Ella está perdida y toda la culpa es tuya”, el capitán estaba diciendo.

“Oh, no, aquí estoy”, gritó la mujercita. “Y me da mucho gusto de presentarles a mi buen yerno a quién Dios mandó a Nueva York para encontrarme. También yo quiero que ustedes vean por sí mismo que no es cosa tonta confiar totalmente en Dios”.

Por Opal Lenore Gibbs